

Joaquín Alliende

**LA ALCACHOFA
Y EL
COPIHUE**

1970



DEDICATORIA

*Dedico este libro,
por partes iguales,
a la Virgen del Carmen
y a mi ahijado Alfonso.*

*En caso de litigio
nombro partidor poético
al justiniano y energúmeno
Nicanor Parra.*

*En disputas por corretajes
de frutos y semillas,
instancia inapelable será
el Buen Pastor.*

Estercita

Le propongo, Estercita, que me ayude
a sacar el copihue del Hotel Crillón,
a rescatar nuestra flor nacional de ese recinto.
Tiremos juntos, gritemos poco,
vamos tempranito y masquemos ajo,
llevémoslo hasta la esquina de Ahumada.
Ahí, trotando, seguimos por la calle Puente,
en el Mapocho lo remojuamos,
y nos desgañitamos en la Vega,
nos volvemos locos enredándolo
al repollo, a las zanahorias, a los pejerreyes,
al queso de cabra, a las aceitunas, a los cintillos rosados.
A cada copihue le entregaría una alcachofa
para que le chupe el fierro:
a ver si la flor deja la cara de pantruca,
y se nos pone como esa gente de Curanipe
de antes de que usted se viniese a Santiago
a la casa de mi abuelo Teófilo,
de antes de que usted aprobara las bodas de mis padres;
cuando su vieja se comía los erizos vivitos,
y los Seguy le enseñaron a preparar las liebres
con chacolí y usted le agregó cilantro a la receta;
cuando los filetes los traían en cajas,
y los pavos ensuciaban todo el subterráneo
esperando el día de las Luisas.

Vamos, Estercita. Venga a nacionalizar el copihue,
fíjese que el arrollado lo forran en plástico
y las hojas de boldo la mandan en bolsitas.
Póngase los zapatos Rudolf
que compró antes del terremoto,
lávese con quillay
échese un par de aspirinas para componer el cuerpo.

Apúrese, Estercita, que en el zoológico
está rugiendo el león
y prendieron las luces de la Virgen.
Apúrese,
que el copihue no da más
en el afiche.
Apúrese, Estercita.

¡ Viva el ron !

Con el canasto lleno de empanadas de acelga,
compraremos bebidas en algún pueblo.
El desierto atacameño nos recibió en Lasana.

Mirando las explanadas de su ruina preincaica,
tengo sospechas que no siempre somos águilas,
que la alfalfa acierta
al tenderse a la orilla del Loa,
donde el señor Ayaribe puede saltar mejor,
comerse sus maíces con gusto a chivo,
y se cae alargado hasta que el río le despierte
y él corra marcando sus talones.
Pero desde el pucara es muy distinto,
casi necesariamente hay que saber historia,
tener libretas y toser.

De un rincón así, de un granero indígena
que parecía gallina clueca,
salió un cartógrafo con uniforme militar
y con una radio piando en clave.
Nos dijo: "Nadie tiene café,
pero sigan durante cien kilómetros la cañería
del agua potable que baja de Toconce".
Mostró unos lugares en el mapa
tan cariñosos como una panadería:
Caspana, Ayquina, Turi.
Yo no pude resistir el ataque combinado
de técnica y de dulzura y le creí...
sus mentiras de aficionado,
porque la cañería se hundió en un cerro,
los pueblos se escondieron debajo de la arena granate,
y el camino se achicó igual a un lápiz puntudo.

A esa altura de cuatro mil metros
los expedicionarios se pusieron divertidos,
un poco morados e irresponsables,
si se piensa en los puestos que ocupan en la Capital de Chile,
aunque de ese país ya no quedaba mucho.
Como en los cuentos, nos perdimos;
con la diferencia que no aparecieron
ni abuelitas ni casas de chocolate.

Recién entonces nos comenzaron a encontrar
(es necesario perderse bien perdido
antes que los amigos nos rescaten).
Un boliviano contrabandista en nylon
nos endilgó a Toconce. Nadie tenía bebidas,
y un cura holandés nos trasladó en su jeep rojo
a la vulcanización de Calama.
Dormimos en casa del profesor de física,
que al estilo de un experimento escolar,
prepara ríos de café,
tiene apellido oriental, le cogió la electricidad,
recién casado su mujer le coronó
rey, emperador del café caliente.
Y le pusimos ron.

¡Vivan los viajeros perdidos!
Viva el cartógrafo mentiroso!
¡Viva! ¡Viva el rey!
¡Viva! ¡Viva el ron!

Cartagena

Cartagena tiene mar suficiente para todo el país,
y nos sacará de la miseria,
con la única condición que a nadie
le baje la manía de pescar las veinticuatro horas,
y de estrujar la red en su casa.

No exagero un punto
porque mis abuelos en Cartagena se pusieron de novios,
mis padres, igual cosa, pero sobre el granito costero,
un hermano mío, bastante menor y despeinado,
desea casarse con una rubia
que le ha tejido varias chombas en esta misma playa.
El cura de Cartagena estuvo treinta años,
arregló el cementerio y el teatro,
y, después de un gran banquete con los bomberos,
un delegado del obispo y la docencia,
se fue a plantar zanahorias
apenas tres kilómetros más al Norte.

Armando Alvarado cocina pernils
y baila cueca en la plaza los dieciochos,
desde antes que llegara la línea del tren
y cortaran los eucaliptus de Puerto Nuevo.

Dígame ¿se puede decir honradamente
que en Cartagena no hay materia prima,
mar suficiente, para salir del subdesarrollo?
Todavía más, si se considera la Playa Grande
donde antes trotaban veinte parejas de jinetes,
y un carrito llevaba cerca de las dunas
a unos veraneantes con quitasoles franceses.
¡Qué toma de la Bastilla ni perro muerto!
Ahí el rey es el suplementero,
cualquier trabajador del cuero y del calzado
puede andar jugando a pie desnudo;
comerse una gallinita con la familia;
y nadar, si se le antoja, hasta ahogarse.
¿Quién puede rechazar tales argumentos?
¿Quién?

Los almendros del tío Andrés

El tío Andrés era sumamente visionario,
para él la agricultura era un arte,
una forma de organizar los pueblos.
Honesto, quería a su mujer,
ubicaba al país en su alta estima.
Estos antecedentes y la manera de afeitarse
hacen comprensibles sus últimas palabras:
"Adelina ¡los almendros!"

Esta disposición testamentaria
fortaleció la convicción que en el fundo,
los almendros, el tranque y las casas patronales,
eran para la familia como un apellido completo.

Pero no lo comprendió así el Ministerio del Agro,
aun cuando Sergio explicó, por escrito,
que el tranque y las casas, sin los árboles,
sin sus flores blancas,
sin sus frutitos en la torta de cumpleaños de Misia Adelina,
era como la bandera chilena
sin estrella de cinco puntas.

Nada. Argumentos sonrojados como una confidencia,
o serios como una editorial de periódico,

de nada servían. Simplemente no se les escuchaba.

La verdad profunda reside en que los inquilinos
y el ministro se empecinan, se socializan,
porque ninguno vio ni recuerda,
al tío Andrés dirigiendo
la plantación de los almendros
que trajo desde Molina,
en persona, tristón y constipado.

El Maipo

Desmontaje de utopías

Al Maipo se le respeta como viejo luchador,
por su valiente gestión en la Cámara de Diputados,
para equipar al Valle Central
con hornos y rosales como la justicia exige.
Pero se ha generalizado en el país
una estampilla de correos,
donde el Maipo aparece en triciclo
con el rostro gris y un copihue lacio.
(No es de extrañarse que la gente ni conozca ni ame
a este auténtico padre y madre de la patria).

Lo verdaderamente importante del Maipo
no está en el campo de la agricultura ni del turismo,
su contribución esencial es el montaje
y desmontaje de utopías.
A la mayoría de los utopistas
se les estudia en clases de literatura,
no por error de la Dirección General de Programas,
más bien, debido a que muchos sólo conocieron
la operación dibujo, montaje;
vale decir justo la mitad de lo que el Maipo sabe,
y, naturalmente, todo el sistema les resultó bastante utópico.
Como quien dice, que a Jesucristo
le filmaran la biografía hasta el Sermón de la Montaña,
y después siguieran con fotos,
y que, para remate, la resurrección
la contara un señor gordo
dentro de un automóvil chico.
El desmontaje es lo decisivo,
cuando la utopía ya no es utópica
y se le comienza a ejecutar.
En esto el Maipo fue maestro,
combatiendo día y noche,
por la redistribución del capital andino.

Primera lucha: El cimiento.
Período Geológico Terciario.

Buscando una fotografía del noviazgo de sus padres,
se le quebró el espejo del escritorio,
se mezclaron las cartas con los certificados,

y como la estufa de parafina
ahumaba el techo pintado recién,
el Maipo se puso a rabiar y a darle vergüenza,
y a pensar que todo no podía seguir así,
que, siendo objetivo, el Valle Central de Chile,
en ese período era solo un colchón de arena,
una albóndiga deshuesada,
una nube de aserrín.
Y que, por lo demás, todos estos juicios
eran desconsiderados y crueles,
pues, el complejo de inferioridad del Valle
se debía a la falta de cimientito lítico,
tan comprensible como la desolación
del poblador rezagado
cuando un policia temperamental
le pregunta el nombre de su abuela;
y el poblador, porque a lo mejor
nunca tomó leche,
ni vacuna ni materna,
está convencido que no tiene
y que, si en ese momento recapacita,
deduce que tenía;
pero está seguro que en algún terremoto
se deben haber quemado los papeles de familia,
o que con ellos se sonó un peluquero.

Por eso, mientras el Maipo en su hogar
rasguñaba la cubierta del escritorio,
dijo que era demasiado
y fue a rasguñar la Cordillera,
a sacarle cuanta piedra encontró a mano,
y las acarreo al bajo por sus propios medios.
Hoy se les encuentra a sesenta centímetros del aire
y ya nadie le pregunta al Valle
si tiene abuelo y nadie le grita: ¡Albóndiga, cara de aserrín!

Segunda lucha: La Tierra.
Período Geológico Cuaternario.

En el acarreo de las piedras
al Maipo se le quedaron apresados los dedos en el Valle;
y se percató en mano propia
que el cimientito no bastaba.
(se han desplomado más casas por falta de mantel
que a causa de grietas en la base).
Porque, muy bueno será tener huesos,
pero, sin carne ni sangre,
se cruza una ventolera por las costillas,

y del omóplato sale un silbido nocturno
tan triste como el timbre de un médico sordo.
Al final no era cuestión de gustos:
sin légamo el Valle no producía ninguna primavera,
y era objetivamente injusto
que toda la fecundidad del planeta
se detuviera sobre los Andes,
mientras el llano quedaba huérfano de tierras.
No todos compartieron el método
de confiar en los inviernos. Pero el Maipo en cada nevada,
cogía de las cumbres cenizas de huanacos,
hojas de robles, pecíolos de fuxias.
Lamiéndolo todo como yegua a su potrillo,
trajo el légamo hasta Puente Alto,
y de ahí lo distribuyó por las acequias.
Recién entonces se pudo pensar en plantar álamos
y en la candidatura del Maipo
como diputado de la Cámara.

La Edad Después de la Ira.

Guayasamín, experto en dedos machacados,
te respeto hasta las uñas de los pies;
y de sólo mirar el catálogo oficial,
de «La Edad de la Ira»
me parece estar vestido de gala,
y que uso corbata papillon,
por muy cierto que nunca tuve nada de eso.

Eres profeta, panzudo, partero.
Si no es así, no tengo idea quién eres,
y lo mejor sería que vendieras toda tu pintura,
a Nelson Rockefeller o a un socio suyo.

Pero no se te va una,
o las que se te van, las recoges;
porque basta interrogar un solo dictador,
detectarle en la billetera
un solo ojo de niño,
evidentemente fuera de lugar.
Multiplicar los ojos,
las madres como traje baño que se seca,
los campesinos incluidos como mangueritas,
es sólo agregar ceros y ceros a la primera fechoría.

Yo te encontraba parecido a un ilustrador
de chistes crueles
(tal vez sería una manera de tenerte miedo).
Ahora estoy seguro que nos conocíamos
y que hemos inventado juntos,
platos, juegos, gritos,
y que algún hijo mío
se casará con alguna de tus nietas.

Entre tanto, quiero interrogarte del futuro.
¿Cómo no llevarnos de rabia en rabia,
y dejar de ser un joven hepático,
que de puras convulsiones
no pueda construirse el techo?

Nadie sabe lo que pasará con nuestra América.
Si su mano colgada de un guante
en el Programa Apolo 11,
será argumento convincente,

si bastará con la piscina de llanto
que se gasta cada uno.

Y, sin embargo, en Chiloé yo vi un niño.
"Morirían quemados por un error de cálculo".
Lo vi al final de una mesa interminable.
"Puede ser muy bien que los militares se pongan nerviosos"
Debajo de la tristeza el niño tenía una vela prendida.
"Basta con hojearse los últimos discursos"
Y de su manta marinera, escamosa
"Es una presión sobre el extenso mercado automotriz"
Sacó un atado de piures, machas y almejas.
Y adivinó que me gustan con cebolla y cilantro.
Guayasamin, esto puede ser un dato interesante.
Tal vez venga la «Edad del Niño y del Marisco».

Nociones de puericultura

El Señor Spock es pacifista
y tiene un tratado sobre los niños.
Le tomaron preso porque consideró la guerra de Vietnam
una falla fundamental contra la puericultura.

Él sostiene, con argumentos muy documentados,
que si un niño ve emerger del arrozal,
más dedos de muertos que plantas de arroz,
es casi ineludible que confundirá de adulto
los cajones de azúcar con los ataúdes.

Después trata otros asuntos más jolgoricos,
como el hipo, la cosquilla, el porte de los zapatos.

Bueno, lo importante es que este libro,
por razón de su materia prima,
vale decir, el ser humano en germinación,
no tiene final, que el punto con que termina,
lo puso por concesión al editor.

Esta forma infantil de escribir,
permite que agreguemos algunos capítulos
de innegable interés para la puericultura
y la estrategia contemporánea.

Capítulo XV

Los padres: antes de venir,
el niño les quitó buena parte de la entraña,
por eso los progenitores suelen tener problemas de límites:
se equivocan donde comienza la parte de sangre
que se llevó el niño,
y las que les permitió dejarse
para que siguieran teniendo hijos,

Capítulo XVIII

El niño tiene dentro un motorcito, o una hormiga,
o un choclo, o un eucaliptus, o un cohete.
En todo caso, es una exageración
pensar que la dinámica sea extrínseca.
Tampoco se trata de ser solamente mirones,
como si el niño fuese un atropellado
en la Gran Avenida de Santiago,
cuando, por encima del policía, la gente aprieta
y termina sentándose en la garganta

de la persona en cuestión.
No. Al niño hay que darle aire y agua
para su choclo o su cohete o su similar.
Pero nada más, señora, nada más, caballero.

Capítulo XX

Viajes: Es imprescindible que el niño
se suba a un burro, se apretuje a su madre,
le mire a su padre la nuca,
y se ponga camino a Egipto.
Si es posible, deben partir a las tres de la madrugada,
cuando Herodes esté borracho y soñando.
Es necesario que en Egipto los tres
se queden callados, y en silencio amarren firme al burro.

Capítulo XXXI

Dejen que el niño invente
Señores diputados, honorables guerrilleros,
estimados sacerdotes y boticarios,
dejen que el niño invente.
Y ustedes, señores de la Corte Suprema,
los inventos del niño son muy serios:
serán la Constitución Política de la única ley verdadera.

No soy el mar

Estoy excesivamente elegante
para venir llegando del desierto.
No puedo argumentar ninguna excusa,
sólo mi amistad con Pancho Matte
sirve de paliativo al terso chaleco
y al traje de padrino primerizo.
Pero me da lo mismo la ropa
comparada con el gran descubrimiento
de saber que yo no soy el mar,
y que si no hay olas ni congrios,
si los barcos se ponen tuertos
y los marineros se ponen turnios,
y si el océano es una píldora,
un zapato,
y que si todos encuentran aburrido el mar,
no es asunto mío,
no es culpa mía.
¡Qué diantres! Yo soy un espectador,
un devoto, alguien que goza,
que mira y pesca,
pero no soy el mar.
Y que se dejen de preguntarme de todo
y de estrujarme la punta de los dedos,
y de ponerse a llorar porque me da la gana
de respirar chueco.

Yo no soy el mar,
por eso navego y me baño.
No soy el mar
y me río a carcajadas.
Si quieren, coopero,
y si no quieren, también ayudo.
Me canso, me desmayo,
pero a la orilla del mar,
que es otro.
El mar se encarga de la fecundidad,
yo puedo ser partero,
oficial del registro civil, profesor primario,
pero no soy el mar.
Y me río a carcajadas y me baño
y nado,
pero no soy el mar.

La suerte del preguntón

Aunque me domine y tararee,
soy harto miedoso.
¿Quién me asegura que los ladrones
tienen todos mala puntería;
y que los microbios encuentran siempre
mis glóbulos blancos preparados para el combate?
¿Quién me sujeta las tejas en el terremoto?
¿Quién le sujeta el timbre atómico a los rusos y a los yanquis?

Y supongamos que apruebo
todos los exámenes de supervivencia,
no veo que logre mucho
dando vueltas por ahí con todos mis miembros,
pero mirando que otros se rompen cantando,
que otros luchan y otros pelan su breva...

Como estoy aburrido de consideraciones similares,
me voy a hacer católico.
Voy a creer en Jesucristo,
porque ese Caballero todas las noches,
me derrota en lógica y en poesía;
incluso me pega en la nuca
y ya me tiene con jaqueca.

Simplemente le diré: "Estoy de acuerdo
en la cuestión del grano de trigo que se muere".

Pero tampoco voy a perder la dignidad,
de buenas maneras, le exigiré la resurrección
junto con mis amigos y familiares más queridos.

Aquí está el límite

He llegado a la estación aduanera,
aquí está el límite,
no quiero seguir ocultándolo más,
crean lo que crean, yo no soy Jesucristo.
La prueba es concluyente:
yo prefiero que me aplaudan a que me escupan,
soy capaz de romperle los anteojos
al que los traiga empañados con lágrimas,
y en cambio, puedo carraspear una noche entera
aprobandando los ascensos militares.
Además, yo tengo mi propio sermón:
¡Bienaventurados los coleccionistas de tejidos.
Bienaventurados los limpios de camisa.
Bienaventurados los músicos".

Yo no puedo prometer más amor,
aunque todo lleve a un infierno de ampollitas
que se repiten con una leve diferencia de voltaje,
alumbrando su propia redondez
de pera de agua, sin jugo y con vidrio.

Sobre fechas

Hay revoluciones que se perdieron por cuestión de calendario;
parece que el mismo Napoleón tropezó con el invierno;
y, en lo criollo, considero imposible
celebrar en marzo Fiestas Patrias;
y Dios nos libre de confundir en la Municipalidad,
el cinco de abril con el veintiuno de mayo,
la edad de Casimiro Marcó del Pont
con los meses del Subsecretario de Justicia.
Las fechas son más serias de lo que uno se cree,
y esta poderosa razón me hace interrumpir,
al anunciador de televisión en cadena.
Puede ser un detalle, tal vez lo esencial fueran las fotos,
y que de puro daltónico,
yo confundiera los avisos con las perillas del catre.
Todo puede ser a posteriori,
y cada uno tiene algo de verdad en la dentadura,
más aún si le observan por la espalda,
y una lágrima se le desliza por la oreja.
A su particular anuncio
sobre el primer alunizaje del hombre,
caballero locutor, yo diría que discrepo
con usted y con el Presidente Nixon,
que no es ésta la mayor fecha de la historia.
Concedo que el ruido de papel en el micrófono
da un tono de antigüedad al libreto.
Pero si es por lo ancestral,
y también por lo futurista,
yo me quedo con Dionisio el Chico,
el primer hombre que se contó los dedos de la mano,
los dedos de los pies, los de su aldea,
y los dedos del Mediterráneo y de todo el siglo cuarto,
y, después de restar, multiplicó por treintaitrés,
saludó a Colón, pensó precisamente en los chinos,
aspiró hasta resumir los aires de la selva,
con la nave Columbius a cuestas,
se fue a Belén, apartó el guano del establo,
y escribió esta frase memorable:
"Aquí parten las fechas.
Antes de Cristo: ya viene.
Ahora con Cristo: ya vino pero nos falta.
Después de Cristo: ya vendrá siendo que estuvo".
Dios lo oiga y el locutor y el Presidente Nixon también.

Lentejas mientras tanto

Si alguien tiene puros problemas,
lo respeto, trato de escuchar su agenda,
esa puede ser su forma de subsistencia
y no voy a negarle su pan cotidiano.
Pero no es el plato que me gusta,
y propongo otro almuerzo.

Se me ocurre que es posible aceptar
nuestra condición de hipotecados,
de encarcelados con permiso dominical;
reconocer las deudas con el Fisco.

Después la garganta se pondrá más cómoda,
parecido a una manguera mirando al techo.
Así, mientras esperamos morir y hacer otro banquete
con Dios, con Jesucristo y la Virgen María,
yo sugiero que nos sirvamos lentejas
y alguien, pacíficamente. toque la guitarra.

El tronco de cactus

No me llevo el tronco de cactus de Ayquina,
no lo compro.
Sé que es una filigrana de desierto,
flauta y columna,
y que en Santiago luciría original
junto al acuario de Alfonso.
No me lo llevo.
porque estoy aburrido de conseguir las cosas
a patadas, a empujones.
No emprendo más trámites para conservar amigos,
no engolo nunca más la voz,
ni citaré ningún libro
que no haya leído de pe a pa,
renuncio a los tacos de todos mis calzados,
y no me llevo ningún cactus
cuyo precio sea una artimaña, ninguno.

Disculpe

No aceptó el encargo de trasplantar el corazón,
no tengo bisturí ni experiencia,
por lo demás desde hace un mes estoy resfriado,
y nunca me he sacado un premio en una rifa.

Si usted insiste que algo se debe hacer por el enfermo,
me ofrezco para hablar con la familia de un suicida
y conseguir su corazón triste.

Vamos a la Morgue, yo lavo los cadáveres,
consuelo a los deudos, rezo,
y aviso al Registro Civil.

Pero no es posible que me suicide yo mismo. Disculpe.

